

POR MÍ NO VUELVAS.

*Llaves autógrafas del luto
del que están hechas sus calles.
Aún lo cubre todo, cada dónde,
mientras de ella,
de la brea,
emergen burbujas de lo que fue
y está debajo [...]*

Ibrahim Gazul, *El desierto estuvo aquí*

De nuevo la discusión de siempre, la última, sobre la ciudad, y las ciudades de provincias. Donde nunca pasa nada, gritó a la hora en que los vencejos han perdido toda crispación y casi ronronean. Habíamos celebrado en un restaurante cualquier cosa, lo de siempre, que era agosto y no teníamos para unas vacaciones, que Valladolid era toda para nosotros. Y a ella qué carajo le importaba, gritaba, si nunca pasaba nada, ni nadie por la calle que fuera testigo de la discusión de siempre, la última.

Porque el domingo terminaba todo, hasta lo que todavía no había empezado. Y se iba alejando, furiosa, como siempre, yo cada vez más lento espesándome en argumentos que la retuvieran. Acuérdate de Delibes, llegué a gritarle, pero ya estaba demasiado lejos, aceptando un lectorado en alguna universidad de Pennsylvania o West Virginia o algún otro lugar de nombre mitológico. Acuérdate de Delibes, o de Rosa Chacel, le dije. Cómo que nunca pasa nada, acuérdate de cuando buscábamos rastros de Valladolid en los libros de Umbral, aunque él siempre lo negara. Pero no hubo manera, claro. Se marchó irremediamente.

La había perdido de vista, y desde hacía algunos pasos yo no avanzaba ni un centímetro. Debió de ser el sofoco, o la digestión volcánica que siempre propinan estos asadores castellanos, el calor estancado entre un agosto y un domingo, lo que reblandeció la brea de la acera lo suficiente para que mis pies quedaran atrapados en ella. Y recordé entonces, ya tarde, que

Valladolid era de la brea de sus aceras, como París, o Berlín, como todas las ciudades de Italia, o Estambul. Como no sucedía en ninguna otra ciudad de España.

¿Cómo escriben su historia las ciudades? ¡Con brea! Su historia, aunque sea inventada, aunque sea falsa. Por eso en Valladolid resistía la brea en las aceras, donde yo mismo hundía ya las pantorrillas. Resistía la brea al alicatado urbano, cada vez más difuso por toda la ciudad, resistía a quien se había ido para eliminar la distancia que les separaba de los lugares donde sucedían las cosas, olvidando que *éramos*, precisamente, esa distancia. La sola tinta con la que escribir la historia de los primeros pasos, de los pasos en falso, de los pasos de gigante. La tinta que llevarse pegada a las suelas para seguir contándonos en hojas de papel prestadas, recicladas, con membrete. Y yo sin poder moverme para escribir todo esto, con la tinta ya por encima de las rodillas.

Pero el calor empezaba a ser insoportable. Hice por zafarme con movimientos alternados de las rodillas y los tobillos, balanceando los brazos para asirme a la sombra más cercana. Perdí el contacto con el castellano que calzaba el pie derecho, la brea removida se holgó un poco más para engullirme hasta la cadera, y tras el esfuerzo me encontré ridículamente empapado en sudor.

El final de la calle Librería temblaba al ras del suelo, confundiéndose en una ilusión de agua fresca. Primero una cabeza, luego el resto de un cuerpo como en un espejo roto, apareció una silueta anciana. Al darme cuenta de que se trataba de una persona, se me antojó lentísima, y agité los brazos, llamándola para que se apresurara en ayudarme. Con el apuro no pude evitar mover algo los tobillos. Perdí el castellano del pie izquierdo, y me hundí hasta por encima de la cintura, de manera que tuve que quedarme con los codos algo separados del cuerpo. La señora —ahora se distinguía con claridad una señora menuda y ligera sin intención de dejar huella en la historia y en la brea de su ciudad—, la señora, plegada sobre sí misma, cambió de acera al verme, mascullando algo entre dientes a propósito de un borracho. No podía creerlo, empecé a preocuparme seriamente. A esas profundidades, estaba claro que, como mínimo, tendría que volver a casa descalzo.

Tampoco era atractiva la perspectiva de quedarme allí amueblando la calle, sin haber escrito nunca nada, habiendo pisado siempre fugazmente sobre sus aceras. No como esos bronces, desde los pedestales como el de Cervantes, o desde un banco como el de Rosa Chacel; aunque les hayan quitado la tinta bajo los pies, y sus palabras ya no llegan a nadie con la fuerza

que tienen las palabras aún calientes sobre las calles. En esta acera tan angosta frente al Palacio de Santa Cruz, yo sería sólo un estorbo, blanco de tropiezos, insultos, y orines de perro.

¡Qué urbano lo eterno!, nos gritaba Jorge Guillén. Y es que dan vértigo las plumas que ha criado esta ciudad, en mitad de una meseta, en medio de dos ríos, a medio hacer su catedral, a medio industrializar. Todo se halla en esta Babilonia, afirmó Góngora. Y se marchó detrás de los demás por donde había venido; como ahora se había ido ella, justo en este punto, en este retazo conservado de brea desde donde mejor se ve el Palacio de Santa Cruz. Un acantilado, como otros edificios con historia de una Valladolid que, escribiendo su historia, los rodea y aísla, farallones indestructibles, alrededor de los cuales crece, justa o equivocadamente, envejece, muere y renace la ciudad, a veces sin dejar rastro de lo que fue poco antes. Islas de pasado inmóvil que nunca han pesado ni a sus habitantes ni a sus escritores, islas donde refugiarse de lo que sea. Sobre todo del sol de agosto, que derretía mi frente y el alquitrán que subía lentamente a mis sobacos.

Era ridículo haber acabado en esa situación, en ese pequeño fragmento de brea al sol, de apenas pocos metros, con las molestias y los atascos que nos había costado a los ciudadanos embaldosar toda la ciudad. Casi toda. Quedan aún aceras como ésta, europeas como las aceras de París o Milán, aceras llenas de arrugas, de tumores benignos fruto de otros agostos, cubiertas de las cicatrices por donde nos ha llegado el teléfono, el agua, y el gas ciudad, o por donde hemos desenterrado a otros desaprensivos que, como yo, hacen la resistencia silenciosa de los cobardes. La guerrilla activa, las plumas cargadas de brea y metralla, se refugiaron en los pinares, como el poeta Francisco; se esconden en los parques y jardines, como el francotirador Martín Garzo; disparan en las noches, como los guerrilleros anónimos de los cafés. O se fueron, como ella se ha ido, como se derrama esta acera blanda por el bordillo de la esquina.

Porque aquí nunca pasa nada, me dijo, cuando quedaba todo por hacer y por pasar, cuando estaba aún sin caminar sobre el papel toda la historia de sus barrios que fueron y antes de que dejaran de serlo. Porque si nos habían quitado la brea, nos quedaban los bolígrafos. Porque si las sillas de las terrazas habían dejado de clavar viruelas en las aceras, nos quedaban las servilletas de papel y la mecanografía. Porque era imposible que en todo el tiempo que llevaba allí no hubiera pasado nadie, para sacarme de la acera ahora que había recuperado el coraje y las ganas de escribir. Probablemente los pocos viandantes preferían el fresco del jardín frente al palacio. Algo sofocado hinché el pecho para llamar a alguien que

imaginaba al otro lado de la calle. Conseguí cerrar a tiempo la boca, antes de que la breca me la tapase, al engullir en una ola los centímetros que quedaban hasta mis labios.

Ahora ya me he resignado, quizá son estos vapores de refinería de petróleo, o mi eterno sentimiento de culpa. Ella se ha ido a buscar algo que aquí no encuentra, que aquí no pasa. Volverá; como yo he vuelto tantas veces, de Milán, de París, de Estambul. Ya no deseo ningún otro lugar fuera de esta estrecha cinta de breca en agosto. Si no hubiera ocurrido así, habría sido la niebla en diciembre, o un cine en octubre, o un largo adiós frente a la catedral. Supongo que por instinto de supervivencia echo ahora la cabeza hacia atrás para poder respirar el mayor tiempo posible, mientras una tibieza de aceite me invade los oídos. Los vencejos escriben su historia de siempre para borrarla inmediatamente, garabatean un cielo espléndido, de un azul imposible, azul, azul, azul, azul... hasta que el telón de pecina negra me cubre los ojos. Desaparezco bajo la breca.

Lo que al principio parece silencio no son otra cosa que los sonidos sordos de toda la ciudad, las siestas y las partidas que terminan con la misma intensidad, chapoteos del Campo Grande y pescatas de barbos en la Esgueva, el silencio de una fábrica y el arrullo de las Moreras, lágrimas que se acercan corriendo, pasos desde cierta distancia como si vareasen un colchón de lana, pasos que vuelven con la premura con la que se fueron, sus sandalias de dos o tres veranos que dan la vuelta a la esquina donde la breca rebosa sobre el bordillo, pero ella ya no me ve, sus pasos que se acercan hasta pisar livianos el pequeño remolino que mi nariz ha firmado en la acera al desaparecer, pero ya no me ve. La oigo llamarme, desde muy lejos, por encima de mí. Una respuesta sale de mi boca y forma una burbuja que sube lentamente, para enfriarse en la superficie de la calle antes de que ella la vea...

≈